



instituto
de estudios
de la sociedad

*Politización y
monetarización
en América Latina*

*Carlos Cousiño y
Eduardo Valenzuela*

Colección Vanguardia



instituto
de estudios
de la sociedad

*Politización y monetarización
en América Latina*

Carlos Cousiño y Eduardo Valenzuela



instituto
de estudios
de la sociedad

“Politización y monetarización en América Latina”

Carlos Cousiño y Eduardo Valenzuela

© Instituto de Estudios de la Sociedad, 2011

© Carlos Cousiño y Eduardo Valenzuela, 1994

Director colección Vanguardia: Pablo Ortúzar

Inscripción en el Registro de Propiedad Intelectual: 89.970

ISBN: 978-956-8639-09-9

Primera Edición: 1994

Primera Edición IES: marzo de 2012

Instituto de Estudios de la Sociedad

Dirección de Publicaciones

Nuestra Señora de Los Ángeles 175

Las Condes, Santiago

Chile

www.ieschile.cl

Diagramación de colección: FAUNA Diseño

Diagramación: RIL editores

Impresión: Quickprint Ltda.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida, mediante cualquier sistema —electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de recuperación o de almacenamiento de información—, sin la expresa autorización del Instituto de Estudios de la Sociedad.

Índice

Presentación.....	7
Prólogo a la segunda edición.....	11
Introducción.....	17

Primera Parte

Capítulo I

Diferenciación cultural y racionalización social	27
--	----

Capítulo II

Modernización como politización	67
---------------------------------------	----

Segunda Parte

Capítulo III

Modernización como monetarización.....	113
--	-----

Capítulo IV

La sistematización de la política	157
---	-----

Conclusión.....	205
-----------------	-----

Bibliografía	225
--------------------	-----

Presentación

Pablo Ortúzar Madrid

Director de Investigación IES
y de la Colección Vanguardia

Politización y monetarización en América Latina, editado originalmente en 1994 en los Cuadernos del ISUC, es la segunda publicación de la Colección Vanguardia del Instituto de Estudios de la Sociedad, la que tiene por objetivo rescatar o iniciar reflexiones necesarias pero muchas veces dejadas de lado –por no parecer tan urgentes– en el debate nacional.

Al igual que nuestra primera publicación, *Ritual y Palabra. Aproximación a la religiosidad popular latinoamericana* (1980), del profesor Pedro Morandé, este libro es producto de la potente reflexión de sociología cultural, histórica y religiosa llevada adelante en el ámbito del Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile (ISUC) en el período que abarca entre 1975 y 1995.

La razón para esta reedición es que consideramos que la original producción que abarca no sólo los libros mencionados, sino también *Cultura y Modernización en América Latina: ensayo sociológico acerca de la crisis del desarrollismo y de su superación* (Cuadernos ISUC, 1984) de Pedro Morandé y *Razón y Ofrenda. Ensayo en torno a los límites y perspectivas de la sociología en América*

Latina (Cuadernos ISUC, 1990) de Carlos Cousiño, además de muchos artículos e investigaciones, no ha tenido una recepción justa a nivel del debate académico y la opinión pública nacional, y requiere, por tanto, volver a ser puesta sobre la mesa.

El tema abordado por *Politización y monetarización* es el proceso de modernización de las sociedades latinoamericanas y sus particulares características en relación a la modernización europea que actúa como base de su reflexión sociológica. Este toma hoy especial relevancia en medio de un fuerte debate público sobre “modelos” y formas de convivencia en sociedades cada vez más complejas, en el cual vemos reaparecer referencias a formas de integración social ya ensayadas por el país, como son el populismo y la politización, como alternativas a una modernización fundada en la monetarización y la sistematización.

El libro nos muestra el carácter que tuvieron los intentos pasados de articulación social a la vez que nos advierte que nada es irreversible y que “la monetarización y la sistematización de la política se encuentran siempre amenazada por alternativas populistas o demandas ilustradas que buscan recuperar los núcleos reflexivos de la política” y que ello es así porque “estas tres formas de la articulación social remiten a tres principios básicos de integración social, que se encuentran permanentemente presentes en las sociedades más complejas (...) la presencia (cultura), la consciencia (instituciones) y las comunicaciones (sistema)”, no teniendo la evolución

social una dirección necesaria en la medida en que “la reflexivización de la sociedad no excluye necesariamente la formación de vínculos en la experiencia, así como la sistematización de la sociedad no arruina completamente el potencial de integración reflexiva existente”.

Así, esta nueva publicación de la colección Vanguardia nos brinda una guía y un vocabulario preciso y rico en distinciones para abordar, desde una perspectiva histórica y sociológica, las discusiones que la sociedad chilena plantea el día de hoy, pero que participan de un debate que se extiende a lo largo de los años y sus procesos y al cual debemos, sin duda, atender.

Dicho esto, no queda sino invitarlos a recorrer estas páginas, precedidas por la nueva introducción al libro hecha por el profesor Eduardo Valenzuela, y a buscar, a través de ellas, formarse una opinión sobre el presente.

Autores

Carlos Cousiño Valdés es licenciado en sociología y sociólogo de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1979) y doctor en sociología por la Universidad de Erlangen-Nüremberg (1984). Ha publicado el libro *Razón y Ofrenda. Ensayo en torno a los límites y perspectivas de la sociología en América Latina* (Cuadernos ISUC, 1990) y numerosos artículos, entre los que destacan “Reflexiones en torno a los fundamentos simbólicos de la nacionalidad chilena” (Universitat Erlangen-Nüremberg, Lateinamerika Studien, N° 19, 1985), “La Jaula de Hierro” (*Revista Estudios Públicos* N° 71, 1998), “Populismo y radicalismo político durante la Unidad Popular” (*Revista*

Estudios Públicos N° 82, 2001) y “Las virtudes del ocio” (*Revista ARQ* N° 74, 2010). Actualmente es profesor del ISUC y director de su programa de doctorado.

Eduardo Valenzuela Carvallo es licenciado en sociología y sociólogo de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1982) y doctor en sociología por el IHES de Francia (1987). Es autor de los libros *La rebelión de los jóvenes. Un estudio sobre anomia social* (editorial SUR, 1984) y, en coautoría con José Bengoa, *Economía mapuche. Pobreza y subsistencia en la sociedad mapuche contemporánea* (editorial SUR, 1983). Además, ha escrito numerosos artículos entre los que destacan “La experiencia nacional popular” (*Revista Proposiciones* N°20, 1991), “Convivencia y sociabilidad en la ciudad” (*Revista Ambiente y Desarrollo*, N°15, 1999), “Padres involucrados y uso de drogas” (*Revista Estudios Públicos* N°101, 2006), “Tierra, comunidad e identidad Mapuche” (*Revista Estudios Públicos* N°105, 2007) y “Reputación grupal endógena. Un modelo formal” (con Carlos Rodríguez, *Revista Internacional de Sociología* Vol. LXV, N°46, 2007). Actualmente es profesor y director del ISUC.

Además del presente volumen, ambos autores escribieron en conjunto el artículo “Sociabilidad y asociatividad: un ensayo de sociología comparada” (*Revista Estudios Públicos* N°77, 2000).

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Eduardo Valenzuela

El esfuerzo principal de este libro fue ofrecer una comprensión de la sociedad chilena que le quitara primacía al análisis institucional y político de los fenómenos sociales. Las ciencias sociales estuvieron durante muchas décadas dominadas por los presupuestos de la ilustración sociológica, que otorgaban a las ideas un rol históricamente eficaz e imaginaban que la modernización –o, en un sentido más general, el cambio social– consistía en un proceso de control reflexivo de los procesos sociales, generalmente a cargo del estado que también era concebida como la pieza central de la totalidad social. La pretensión de este ensayo fue reaccionar vigorosamente contra estas proposiciones. La llamada sociología de la cultura, por una parte, llamaba la atención sobre la importancia que juegan en la vida social las condiciones pre-discursivas del discurso. A diferencia del estructuralismo –y del paradigma de las determinaciones objetivas que era ampliamente conocido en la tradición sociológica–, nosotros nos interesamos por la crítica fenomenológica de la teoría de la conciencia y las teorías sociológicas de la reciprocidad. El concepto de co-presencialidad reúne ambas determinaciones: se acerca a la experiencia cara-a-cara de los fenomenólogos que describen el modo como

el otro aparece ante la conciencia en la interacción directa (y de donde se obtiene el poderoso concepto de “mundo de la vida”), pero incluye la dimensión de lo donado y la estrechísima sinonimia que se hace –incluso en el lenguaje ordinario– entre don (regalo) y presente. La copresencialidad implica no sólo aparecer, sino también dar algo a otro, lo que funda propiamente el concepto de “reciprocidad”. Estas estructuras de reciprocidad nos parecieron mucho más decisivas para comprender el modelo señorial latinoamericano (el patronazgo hacendal, por ejemplo) o el populismo que, habitualmente, se habían entendido como estructuras de dominación en el sentido weberiano o derechamente como ideologías en el caso populista. También nuestro argumento tenía un sentido negativo: la resistencia de masas a dejarse llevar por procesos efectivos de concientización y politización –que se expresaron típicamente en la persistencia de la religiosidad popular o en la adhesión pertinaz que seguían despertando los liderazgos populistas– mostraban claramente la importancia de la cultura y los límites con que topaban los procesos de reflexivización social.

Por otra parte, el presupuesto ilustrado de la sociología de la época comenzaba a ser desafiado seriamente por la teoría de sistemas que –sea en las formulaciones iniciales de Parsons o en la moderna teoría de sistemas cerrados de Luhmann– no es más que una reflexión sociológicamente motivada de la economía monetaria. El mercado, en efecto, es la imagen paradigmática –y por ende completamente demonizada por los ideólogos de la ilustración– de

procesos sociales que carecen de control reflexivo y de formas de coordinación que se producen al margen de la conciencia socialmente intencionada. La aparición de la economía monetaria fue el fenómeno fundamental de la modernización efectiva de la sociedad chilena (y en cierto sentido latinoamericana): la entrada a la modernidad no se hizo por la politización, sino por la monetarización de las relaciones sociales. Todavía en esa época el dinero era visto como una forma de ideología (liberalismo económico) que podía ser desafiada por otra ideología, y no como un atributo pre-reflexivo de la realidad social en un sentido que será formalizado por la teoría de los medios simbólicamente generalizados de comunicación de Luhmann. La importancia del dinero es que permite clausurar el sistema económico (que de otro modo queda siempre expuesto a influencias políticas y morales) y, por un efecto de carambola, obliga también al sistema político a moderar sus pretensiones y especializarse crecientemente en tareas que le son propias. La búsqueda de legitimidad para producir decisiones vinculantes ya no podía basarse en el dinero, cuya mayor expresión fue la macroeconomía inflacionaria de los regímenes populistas, ni la política pudo en adelante observarse a sí misma desde la perspectiva hegeliana del Estado como encarnación del espíritu absoluto o desde la perspectiva del sujeto, sino, modestamente, como un sistema de alcance medio que se mira en el espejo de la opinión pública. Estos procesos de despoltización –que incluyeron primeramente a las mismas ciencias sociales y con los cuales nosotros mismos

quisimos cooperar con este ensayo—fueron muy patentes en ese período y suscitaron toda clase de controversia y desánimo en la vieja teoría social.

Esta falta de análisis institucional entrega un tono quizás demasiado benevolente sobre la sociedad chilena y latinoamericana que se describe en el libro, sobre todo donde la política fue un motivo muy poderoso de conflictos y desgarramientos sociales que atravesaron todo el ciclo de violencia en el continente que concluye justamente en los noventa. Pero, por otro lado, los procesos de despolitización se produjeron en el contexto de una institucionalidad muy vulnerable que permitió que, en muchas partes, floreciera la violencia delictual y el crimen organizado, incluso bajo la forma de narco-terrorismo. La monetarización en el marco de una institucionalidad débil permite mucha conducta desviada y violencia interior, elementos que han terminado entregando una imagen menos amable de la capacidad de nuestras sociedades de sostenerse a sí mismas.

Este ensayo quiso abrir el campo de la reflexión social —demasiado constreñido quizá— a los términos del debate Severiano-marxista sobre el estado: recordar cosas olvidadas como la teoría masiana de la reciprocidad y la fenomenología de la presencia y anunciar cosas nuevas como la moderna teoría de sistemas que ha despertado un interés fulgurante en la sociología de la última década. No se trataba, sin embargo, de escribir un libro de teoría, sino, como siempre, de utilizar los conceptos para comprender mejor nuestra propia realidad social, una tarea que

por fortuna queda una y otra vez pendiente porque la comprensión de las cosas va siempre por detrás y no por delante de los procesos sociales.

Santiago de Chile, 2011

Introducción

El olvido de la presencia ha alejado a la reflexión sociológica del núcleo originario de la experiencia social. Al menos para los que debemos reflexionar sociológicamente desde la sociedad actual, es una obligación intentar rescatar del olvido esta dimensión. Si bien nuestro ordenamiento social es hoy considerablemente complejo, sigue siendo cierto que nuestra experiencia social básica está constituida por el encuentro con personas. Ello constituye la marca de esa latinidad que a veces nos pesa y a veces nos enorgullece, y que sirve de tipificación de nuestra sociabilidad a las rudamente racionalizadas sociedades del hemisferio norte. Nuestra sociología ha sido, sin embargo, reacia a explorar y reflexionar seriamente sobre la dimensión personal del vínculo social. Ha preferido analizar nuestra sociabilidad desde marcos teóricos que poseen grandes atributos para comprender los complejos órdenes institucionales y los aun más complejos sistemas funcionales, pero carecen de sensibilidad para percibir adecuadamente la dimensión personal de la vida social.

Cuando oímos hablar de “mundo de la vida”, por ejemplo, nuestras categorías intuitivas nos remiten a lo original, telúrico y abismal. La vida nos habla de la familia, de la tierra y de la muerte. Nos refiere a aquello de dónde venimos, a eso que nos acoge y nos remueve, a lo que nos

espera sin saber cuándo. En pocas palabras, la vida invoca la contingencia y la gratuidad del don recibido. Si ahora atendemos a la sociología, escucharemos su concepto de “mundo de la vida” que nos remite a la racionalidad, al lenguaje y su capacidad de argumentar, capacidad que todos tenemos de reconocer y acatar el mejor argumento. Bien sabemos que ello es también una dimensión de la vida social. Los argumentos nos importan en nuestras discusiones e influyen en las tomas de decisiones. Pero, ¿seríamos capaces de agotar la experiencia de la vida en el argumento y la racionalidad?; ¿podríamos iniciar una sociología propia con una concepción del mundo de la vida como un mero mundo de la racionalidad?

La teoría sociológica actual se debate en una confrontación entre los teóricos de sistemas y aquellos que pretenden rescatar el núcleo de articulación social-racional contenido en el proyecto de la Ilustración. En otras palabras, se trata de una contraposición entre aquellos que conciben la vida social como una interacción entre “cajas negras” y aquellos que la conciben como un acuerdo lingüístico entre sujetos racionales. Así, para los primeros el problema que debe ser resuelto es aquel de la “doble contingencia”, el cual resume en un concepto sociológico la idea del encuentro entre personas y la capacidad que ellas tienen de actuar recíprocamente coordinando sus acciones. Si bien ello permite importantes logros en la explicación de complejos mecanismos funcionales, impide ver la dimensión personal presente en toda articulación social.

Desde la tradición moderna del sujeto, por otra parte, se concibe la sociedad no sólo como integrada por mecanismos sistémicos, sino también por la capacidad de sujetos discursivos para lograr acuerdos racionalmente fundados. También aquí el déficit analítico está referido a la dimensión de co-presencialidad personal de la vida social.

El presente trabajo está guiado por la idea de que los niveles de integración social que las actuales ciencias sociales reconocen son incapaces de dar cuenta de aquellas formas primeras y básicas de sociabilidad (pre-reflexivas), sobre las que se establece un vínculo originario de tanta o mayor importancia que el de aquellos logrados por la lógica sistémica o la argumentación racional. Para dar cuenta de la dimensión experiencial contenida en esta forma de sociabilidad, queremos proponer el concepto de “presencia”. El término alude a una forma de relación social que se basa en la co-presencialidad, en el estar juntos. Además, quiere rescatar la dimensión de “presencia” que el mundo católico sitúa en la celebración eucarística, y que es el fundamento de la “comunidad” entre Dios y los hombres y de estos entre sí. En el núcleo de la “presencia” se encuentra la persona como experiencia que no requiere ni posee fundamento. En tal sentido, el mundo de la presencia es el ámbito de una experiencia pre-reflexiva, donde lo dado no es lo fundamentado. Experiencias tales como el amor, la familia, la religión, la amistad y la comensalidad constituyen para nosotros ejemplos privilegiados de este reino. Reclamamos que en

ellos se asiste al surgimiento de un vínculo social, el más sólido de todos, que no se deja explicar ni por la lógica de la comunicación argumentativa ni por la del análisis funcional de sistemas.

Naturalmente, no pretendemos de manera alguna desconocer que los criterios de articulación social no presencialistas existen, operan y no pueden ser reducidos a la forma de la presencia. Ello, no obstante, creemos necesario intentar identificar los procesos históricos que se encuentran en el origen del despliegue de las formas de integración social argumentativo-rationales y, posteriormente, sistémicas. Dado que nuestro interés se encuentra focalizado en la obtención de un marco analítico capaz de comprender los desarrollos históricos de las sociedades latinoamericanas, sólo nos detendremos de manera breve en consideraciones acerca de la historia europea. De ella queremos aprehender únicamente lo necesario para comprender la génesis de las categorías y problemas que constituyen el paradigma de la sociología. Nos sentiremos más libres para apartarnos de tal paradigma si entendemos que no lleva en sí una obligación de universalidad, sino tan sólo una manera de procesar la propia experiencia histórica. En virtud de ese mismo alejamiento, nos sentimos, sin embargo, profundamente unidos a su intención reflexiva.

La ciencia social que queremos promover es una ciencia de realidad. Queremos comprender la realidad de la vida que nos circunda, y en la cual estamos inmersos, en su especificidad; queremos comprender, por un lado,

la conexión y significación cultural de sus manifestaciones individuales en su configuración actual, y, por el otro, las razones por las cuales ha llegado históricamente a ser así-y-no-de-otro-modo.¹

El presente libro tiene el carácter de un ensayo. Sólo pretendemos presentar de manera convincente un conjunto de tesis que ayuden a comprender la situación actual de nuestras sociedades a la luz de los procesos que la fueron gestando. Nos consta que podríamos habernos extendido en la descripción de cada una de ellas y en el análisis de sus consecuencias.

A lo largo de todo el libro, hemos pretendido insistir en nuestra tesis principal de que existen al menos tres niveles básicos de integración en toda sociedad: el *cultural*, o de la “presencia”, que descansa sobre el núcleo pre-reflexivo de la experiencia; el *social*, o de las instituciones, que descansa en la conciencia y la reflexividad de los sujetos; y el *sistémico*, o de los mecanismos autorreferenciales. La existencia de estos tres niveles de integración no puede ser vista en términos de una evolución que tienda a articular la totalidad de la vida social sobre la base del más complejo de ellos: el sistémico. Si bien es cierto que la creciente complejidad de las sociedades hace necesario pasar desde el vínculo “presencial” hacia la integración argumentativo-racional y luego a la sistémica, es indudable que ello no significa que las formas anteriores desaparezcan. En

¹ Weber, M., *Ensayos sobre metodología sociológica*. Amorrotu. Buenos Aires, 1973, p. 61.

toda sociedad se dan simultáneamente estos tres niveles de integración, y dependerá de la óptica analítica que se favorezca el que una u otra forma de integración aparezca como la dominante.

En el primer capítulo hemos intentado perseguir el desarrollo histórico que conduce a la creación de la forma de integración social “institucional” o racional-argumentativa. Ello acontece, a nuestro entender, como consecuencia de un proceso de racionalización cultural que obliga a reflexivizar el vínculo social fundado en la presencia. Tal racionalización es obra de la diferenciación cultural gestada por la reforma religiosa del siglo XVI y que conduce fatalmente a las guerras de religión. El papel que estas guerras jugaron durante el siglo XVI lo jugará la miseria de la clase trabajadora durante el advenimiento de la sociedad industrial. Ambas experiencias serán tematizadas desde un núcleo común; a saber, la incapacidad de la cultura para garantizar la integración social. Ello hace que el pensamiento ilustrado postule la necesidad de establecer un principio de integración de carácter racional que, apelando a la universalidad de la razón y dotado de positividad institucional, sea capaz de regular la vida social.

El Capítulo II pretende contribuir al análisis de las experiencias de politización que tuvieron lugar en Chile y en América Latina durante la década de los sesenta. Entendemos aquí por politización la representación según la cual el vínculo social sobre el que descansaba nuestra sociedad se encontraba destruido por la realidad

de la pobreza urbana y, consecuentemente, reclamaba ser restaurado de manera reflexiva. Queremos revisar aquí tanto la pretensión de validez de esta representación como las consecuencias que ella tuvo. Esto implica evaluar las estrategias de modernización social formuladas desde la economía y la sociología, y que fueron concebidas prioritariamente como caminos de toma de conciencia y articulación de sujetos sociales. Para poder comprender lo que ello significa, elaboramos un modelo de constitución de vínculo social pre-reflexivo, que hemos denominado “señorial” y que, a nuestro entender, sirve para dar cuenta de la naturaleza del vínculo social desde el mundo colonial hasta las etapas populistas del siglo XX.

Los dos primeros capítulos analizan así el tema de la crisis del vínculo social fundado en la presencia, a partir de la forma en que lo plantea la Ilustración; es decir, a partir de la representación de la ruptura del vínculo y la necesidad de restaurarlo reflexivamente. El Capítulo III, en tanto, analiza el tema del vínculo social a partir de la visión no ilustrada de la modernidad. Según esta, el vínculo tampoco puede descansar en la presencia. La razón dada no es, sin embargo, una ruptura del vínculo social, sino que la creciente complejidad de las sociedades (diferenciación social) hace imposible que dicho vínculo descansa en la sola presencia. Este capítulo se preocupa del análisis de la “monetarización”, concebida como la nueva estrategia de modernización que se implantó primero en Chile en la década de los ochenta, y luego en el resto de América Latina. Por “monetarización” no entendemos un proyecto

ideológico, sino un proceso de diferenciación de las estructuras sociales que permite el surgimiento de un subsistema económico articulado monetariamente y que reclama autonomía frente a los otros subsistemas sociales. En términos sociológicos, la monetarización implica la ruptura de la primacía de lo político como ámbito de control reflexivo de la totalidad social. Estrictamente hablando, significa que surge una forma social nueva que carece de centro, es decir, de una instancia que pueda representar a la sociedad y desde la cual se pueda observar e intervenir sobre todos los procesos. La monetarización implica, más allá de eso, una articulación funcional de la sociedad que ya no descansa ni sobre personas ni sobre sujetos, es decir, que no recurre ni a la forma de la presencia ni a la de los actores conscientes como sustrato básico de integración social.

El capítulo final discute las consecuencias que la monetarización tiene para la política. Sugerimos aquí la tesis de que una vez autonomizado el subsistema económico, la política pierde la capacidad de observar e intervenir sobre la economía y, por ende, abandona su pretensión de situarse necesariamente en otro subsistema autónomo. Este es el fenómeno que hemos caracterizado como “sistematización de la política” y que a nuestro entender es perfectamente reconocible en el camino seguido por la democratización de la sociedad chilena. Es este rasgo sistémico asumido por la política lo que explica que la redemocratización haya significado la muerte de la politización.